

LIBRO SEXTO

LAS NEGOCIACIONES DE VIENA

- SUMARIO: I.—*Las potencias alemanas.*—Prusia: El rey Federico Guillermo IV; su carácter y sus tendencias contradictorias; negociaciones en Londres; protocolo del 9 de abril y tratado del 20 de abril; de cómo el rey de Prusia se niega á adelantarse más carácter de su neutralidad.
- II.—*Austria:* De cómo su actitud parece, al principio, más resuelta; tratado del 14 de junio; nota del 8 de agosto: los *cuatro puntos*: tratado del 2 de diciembre de 1854.
- III (Extracto del texto de *La Gorce*).—Irritación de Rusia contra el gobierno austriaco: el príncipe Alejandro Gortchakof y su actitud en Viena; de cómo el gobierno ruso acepta en principio los *cuatro puntos*.—De qué manera los rusos se aplican á dar largas á los asuntos y á separar al Austria de las potencias aliadas: conducta del príncipe Gortchakof y sus dilaciones: la accesión del Piamonte á la alianza occidental.—Caída del ministerio Aberdeen.—Muerte del zar Nicolás.
- IV (Extracto del texto de *La Gorce*).—Impresión causada por la muerte de Nicolás: en esto se abre la conferencia de Viena, tantas veces retrasada.—Arreglo de los dos primeros puntos.—Con el tercer punto (independencia del Imperio otomano y dominio ruso en el mar Negro) empiezan las dificultades; sesión del 20 de marzo: importancia que Francia é Inglaterra dan al tercer punto: plan resuelto en Londres.—Marcha de Drouyn de l'Huys á Viena; sus entrevistas con el Sr. de Buol y con el emperador Francisco José: neutralización ó limitación de las fuerzas rusas en el mar Negro; de cómo el príncipe Gortchakof se niega á toda limitación: expedientes contradictorios que propone; apertura ó cierre de los estrechos; aplazamiento de la conferencia.
- V.—Las miras del emperador Napoleón III y su proyecto de ir á Crimea.—Oposición muy viva en Inglaterra; inquietudes aún más vivas en Francia.—Viaje á Londres.—Atentado de Pianori: de cómo el proyecto de viaje á Oriente es abandonado.
- VI.—Último episodio de la *conferencia de Viena*: combinaciones del Sr. de Buol: los *contrapesos*: de qué manera y por qué motivo esta combinación, poco ventajosa en sí, es aceptada por lord John Russell y por el Sr. Drouyn de l'Huys.—Desaprobaciones llegadas de Londres y de París: dimisión de Drouyn de l'Huys y su sustitución por el Sr. Walewski.—Fin de la conferencia.
- VII.—Opinión de Europa sobre la conducta de Austria: aislamiento de esta potencia.—Verdadero móvil que en Viena ha guiado al Sr. Drouyn de l'Huys: discurso del Sr. de Montalembert en el Cuerpo legislativo: dónde se encuentra el *aliado revolucionario*.

I

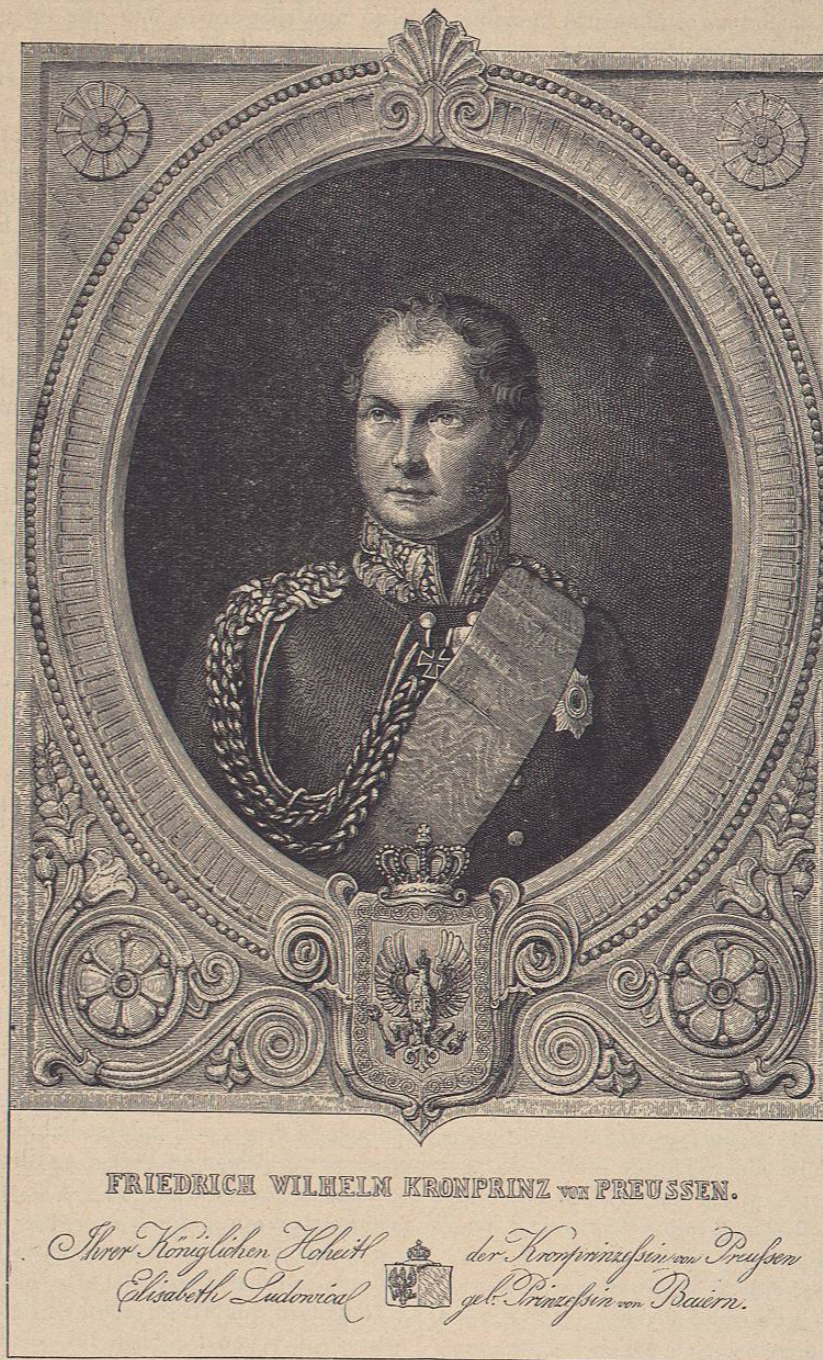
En el gran conflicto en que estaban comprometidas Rusia, Francia, Inglaterra y Turquía, les tocaba á las dos potencias alemanas intervenir como mediadoras ó como beligerantes. Hemos visto los esfuerzos hechos por Austria para evitar la guerra. Una vez rotas las hostilidades, ¿qué ideas nacieron y qué resoluciones se tomaron en Berlín y en Viena?

Federico Guillermo IV, entonces rey de Prusia, abriganaba en su ánimo ideas contradictorias que alternativamente le dominaban. En él todo era contraste. Las tendencias de su educación le hacían retroceder mucho *in mente*; y, á intervalos, una rápida y grandiosa visión de porvenir deslumbraba su espíritu hasta el punto de turbarlo. Nadie llevaba más lejos que él el culto del derecho monárquico y el respeto de las antiguas costumbres; y, sin embargo, de las casas reales la más antigua por los privilegios, la de Austria, le inspiraba más envidia que veneración. Desdeñaba y temía á los soberanos advenedizos; la elevación de Luis Felipe le había escandalizado; la de Napoleón III le llenó de espanto; no obstante, jefe de una joven monarquía, tenido algo á distancia por sus orgullosos vecinos, solía volverse hacia Francia como hacia el Estado que mejor ayudaría á su fortuna, que menos caro haría pagar su protección y que quizás no exigiría nada por ella. Los proyectos del monarca eran confusos y vagos; Federico Guillermo vislumbraba sin ver; sus combinaciones más

prácticas y positivas se mezclaban con quimeras: hubiérase dicho una de esas lejanas perspectivas en que la tierra firme se pierde en las nubes y se anega en las aguas. A veces su ambición se animaba; y entonces le indignaba la pequeñez de su reino mal formado, compuesto de provincias, ora adquiridas por medio de la astucia ó la fuerza, ora concedidas por la desdenosa generosidad de Europa; recordaba con amargura aquellos días no lejanos de Olmutz en que el Austria le había impuesto duramente su voluntad; soñaba con una Prusia engrandecida, bien armada, disciplinada, estudiosa, cultivando la ciencia con el único fin de la guerra y haciendo la guerra con el único fin del beneficio. En seguida, su piedad, llevada hasta la exaltación, desechaba aquellos pensamientos como temerarios y culpables; retrocedía con violencia; volvía á la idea de una sociedad pietista y feudal, á una especie de Edad media artificialmente reconstituída, á una vasta *Santa Alianza* con Prusia por brazo derecho. Apenas había acariciado esta idea cuando caía en la cuenta de que la plaza estaba ocupada, ocupada por Austria y por el zar, y de que en esta jerarquía su reino no sería nunca más que un comparsa. Y de nuevo se absorbía en el vago esbozo de un gran imperio militar, pero modernizado, preparado por él y terminado por sus sucesores. Pero los remordimientos se apoderaban de él otra vez, y también el temor; pues con una prudencia casi cautelosa comprendía que los peligros de semejante empresa serían tan grandes como los beneficios.

Todos los actos exteriores del príncipe, sus escritos, sus palabras, se resentían de tan extrañas disposiciones. Expresábase en un lenguaje tan pronto sentimental hasta el misticismo, tan pronto positivo hasta la brusquedad; sus conversaciones eran casi incoherentes. Federi-

indeciso y sin ver el porvenir más que á ratos, y desgraciado como casi todos los precursores, pues en sus contemplaciones persistentes y solitarias las luces de su espíritu se gastaban tanto que acabaron por obscurecerse y apagarse para siempre.



Federico Guillermo II de Prusia

co Guillermo era caballeroso con increíbles avideces de territorio; no era enemigo de las libertades públicas, pero hubiera querido revestirlas de antiguas formas. Su pensamiento, distraído por instantes, recaía siempre en la misma idea, gozo y tormento de su vida, es decir, en aquel vasto imperio que realizaría todas sus ambiciones, pero alzándose sobre las ruinas de sus más caros escrípulos. En realidad era un precursor, precursor para Alemania, como Carlos Alberto lo fué para Italia, pero

El conflicto oriental había sorprendido á Federico Guillermo en medio de sus ensueños. En presencia de las complicaciones nacientes, sus apuros habían sido grandes. Cuñado y gran admirador del zar, se inclinaba naturalmente á Rusia. Por otra parte, afectuosos lazos le unían á la reina Victoria y al príncipe Alberto, y la alianza inglesa le parecía una de las tradiciones de su política. En cuanto á Napoleón, había alimentado contra él prevenciones muy vivas, pero las pacíficas decla-

raciones del emperador borraban ya estas repugnancias. El primer cuidado del monarca prusiano había consistido en no entregarse á nadie y conservar, como él decía, *sus dos manos libres*, sin duda á fin de poder coger con una y otra tan pronto como se presentase la ocasión. A fines de 1853, el sangriento episodio de Sinope había impresionado mucho los sentimientos humanitarios del rey, y bajo esta impresión se había separado un poco del zar. En enero de 1854 se negó, como hemos visto, á firmar con Rusia un tratado de neutralidad. Hizo más, tuvo el pensamiento de hacer causa común con las potencias occidentales, y con tal objeto envió á Londres un agente oficioso, el Sr. de Pourtalés. Federico Guillermo no indicaba la naturaleza de su concurso; pero, con una precisión muy prusiana, estipulaba de antemano el precio del mismo: este era la libertad eventual de reformar á su antojo el estado territorial de la Confederación, y el reconocimiento de sus derechos sobre el principado de Neufchatel. «Trátase de Oriente y no de Alemania ni de Neufchatel,» contestó lord Clarendon, y el Sr. de Pourtalés sólo encontró alguna simpatía en el príncipe Alberto. A principios de marzo, el caballero de Bunsen, ministro de Prusia en Londres, hablando con el jefe del *Foreign Office*, pareció prestarse á nuevas negociaciones. Esta vez Prusia pedía, en cambio de su buena voluntad, que se garantizase su frontera del Nordeste y se limitase la marina rusa del Báltico. En esto rompieron las hostilidades. Federico Guillermo se asoció entonces por medio de dos actos oficiales á la política de las potencias de Occidente. El día 9 de abril, de acuerdo con Austria, protestó por medio de un protocolo en favor de la integridad del imperio otomano. El 20 de abril, firmó con el gobierno de Viena un convenio mediante el cual los dos Estados se garantizaban recíprocamente sus territorios, obligándose á velar por la seguridad general de Alemania. La importancia del convenio residía, no en sus estipulaciones generales, sino en el artículo suplementario anejo. En virtud de esta disposición adicional, Prusia y Austria habían de unirse para solicitar de Rusia la evacuación de las provincias danubianas: además, la incorporación de los Principados ó el paso de los Balcanes sería para ambas potencias alemanas un *casus belli*.

¿Sería este convenio la última palabra de la buena voluntad prusiana? La incertidumbre duró poco. Aun en el momento en que ofrecía sus servicios á Londres, el rey Federico Guillermo, siempre fluctuante é irresoluto, estaba más dispuesto á la reserva que á la acción. Al menos así se desprende de su correspondencia: «Soy neutral, escribía en 9 de enero al caballero de Bunsen, y si alguien quiere pegarme, yo le pegaré (1).» El tratado del 20 de abril no estaba aún firmado, y ya el rey procuraba hacer que resultase vano. Dos partidos se disputaban la influencia en Berlín: el partido ruso, apoyado por la Gaceta de la Cruz y muy poderoso en la corte y en la aristocracia militar; y el partido liberal, más favorable á los Estados occidentales, sostenido sobre todo por el príncipe real y por el primer ministro, Sr. de Manteuffel. Federico Guillermo mantuvo á su ministro, pero por todo lo demás se inclinó hacia los

(1) *Aus dem Briefwechsel Friedrich-Wilhelms IV mit Bunsen von Leopold de Ranke*, pág. 322.

amigos del zar. El general Bonin, ministro de la Guerra, abiertamente hostil á Rusia, fué relevado de sus funciones; el caballero de Bunsen fué llamado de Londres y substituído por el general Von Groeben, uno de los miembros más entusiastas del partido moscovita. Con tales medidas, el monarca no sólo afirmaba su voluntad de no tomar las armas, sino que marcaba también el matiz de su neutralidad.

En París, este cambio causó poca sorpresa y sobre todo poca irritación: afectóse ignorar la nueva política prusiana. «El protocolo del 9 de abril atestigua la unión de las cuatro potencias,» decía gravemente el *Monitor* del 3 de mayo. El Sr. de Moustier, ministro de Napoleón III en Berlín, se contentaba con hacer suavemente, de vez en cuando, la observación de que en la capital prusiana les estaba todo permitido á los partidarios de la alianza rusa, y nada á los partidarios de la alianza occidental.

En Londres, donde se contaba con los sentimientos personales del rey, la decepción fué más viva y el lenguaje más agrio. Federico Guillermo había confiado al general Von Groeben una carta autógrafa para la reina Victoria, y en esta carta señalaba sin disfraz su conducta futura. «Estoy resuelto, decía, á la neutralidad completa...; mi pueblo y yo estamos unidos. ¿Qué tenemos que hacer contra el turco? Que éste caiga ó se mantenga en pie, ¿qué importa á los industrioses habitantes de las márgenes del Rin y á los labradores del *Riesengebirge*? Admitamos que los turcos han sufrido; los turcos no somos nosotros; el turco tiene buenos amigos, pero, á pesar de todo, el emperador Nicolás es un digno *gentleman* y no nos hace ningún daño.» La reina contestó á su real corresponsal: «Vuestra carta puede que tenga buen sentido práctico y se comprendería en boca de un rey de Sajonia ó de Hannover. Pero hasta ahora yo había considerado á Prusia como una de las cinco grandes potencias que desde 1815 han sido garantes de los tratados... Si vuestro ejemplo encuentra imitadores, la civilización europea se convierte en un juguete que se echa al aire, el derecho se queda sin campeón y el oprimido sin árbitro á quien apelar (2).» El príncipe Alberto no se mostró menos mordaz, pero, en su patriotismo germánico, deploró menos los peligros de Europa que la retirada de Prusia: «Si hubiese habido una Alemania y un monarca alemán en Berlín, escribía el 28 de abril, no hubiera llegado la guerra (3).» Lo que los soberanos manifestaban con acritud, la prensa inglesa lo exhaló con violencia, y no encontró términos bastante injuriosos para censurar el egoísmo prusiano.

Nada hizo cambiar de actitud á Federico Guillermo. Después de refrenar el vuelo de sus ambiciosos ideales, persuadido de que en el presente conflicto no había fruto alguno al alcance de su mano, resolvió permanecer neutral é inmóvil. En torno de él, la consigna fué protestar contra toda inmixción. ¿Qué papel podía desempeñar Prusia en la guerra? ¿Tomaría vigorosamente la ofensiva hacia el Norte ó seguiría modestamente á Austria? La primera actitud sería peligrosa y la segunda humillante. A este lenguaje, bastante sensato, se le prestaba oídos complacientes en Berlín. «No queremos

(2) *The life of the prince Consort, by Théodore Martin*, t. III, páginas 41-45.

(3) *The life of the prince Consort*, tomo III, pág. 62.

representar el papel de cero al lado de Austria, escribía Bismarck, entonces ministro de Prusia en la dieta de Francfort... A medida que Austria se eleva, nosotros descendemos políticamente al nivel de los pequeños Estados (1).» A estas consideraciones se añadía un temor muy extraño, que se había generalizado en el país: se temía que si Austria y Prusia se declaraban contra Rusia, el zar se entendiese á toda costa con Francia é hiciese pagar caros á sus vecinos alemanes los gastos de la lucha (2).

Sin embargo, era preciso dar una consagración siquiera oficial al tratado del 20 de abril. Mediante una nota del 12 de junio, el gabinete de Berlín se unió al de Viena para recomendar á San Petersburgo la evacuación de los Principados. Era más bien el cumplimiento de una obligación que el objeto de un deseo real. Este deseo fué en parte atendido, pues seis semanas después las tropas rusas se replegaron hacia el Pruth. Desde entonces el rey Federico Guillermo, agradecido á aquella aparente satisfacción, consideró terminado su papel. En medio del estrépito de la guerra, Federico Guillermo se complacerá en mostrar la feliz quietud de sus pueblos. «La patria no se halla comprometida, decía en 30 de noviembre de 1854 al abrir el Parlamento de su país, y la paz encuentra todavía un asilo entre nosotros.»

II

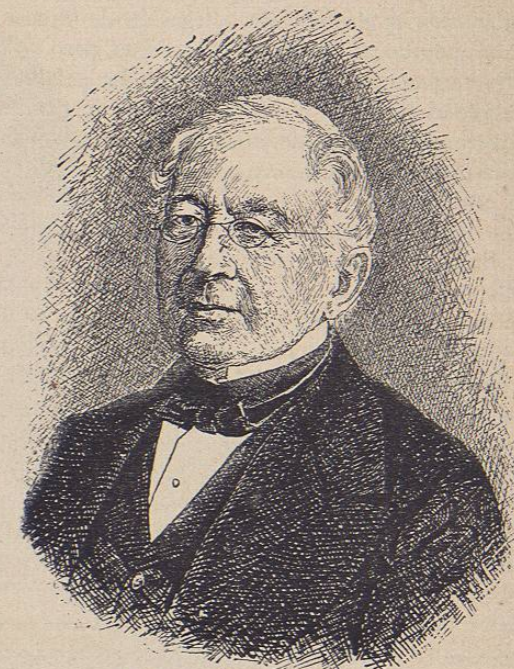
Muy distinta era entonces la actitud del emperador Francisco José. En Viena no podían decir como en Berlín: ¿Qué nos importan el mar Negro ó las riberas del Danubio? Sin ir hasta la guerra, Austria, abandonada por su vecina, se aplicó á deducir del tratado de 20 de abril las consecuencias legítimas. Hízose un empréstito; prescribióse una leva; concentráronse considerables fuerzas en las fronteras de Transilvania; y un convenio firmado el 14 de junio con la Puerta Otomana autorizó al ejército austriaco para una ocupación eventual de los Principados danubianos. Pero tanto si había de restablecerse la paz cuanto si había de extenderse la guerra, era esencial precisar las causas del conflicto y decir á costa de qué se apaciguaría. En 8 de agosto de 1854, una nota redactada en Viena y concertada entre los representantes de Francia, Inglaterra y Austria, determinó, reduciéndolos á cuatro, los puntos del litigio. En primer lugar, importaba que el protectorado ruso sobre las provincias danubianas fuese substituído por un protectorado colectivo de las potencias. En segundo lugar, la navegación del Danubio había de ser libre de toda traba. En tercer lugar, la independencia del Imperio otomano había de asegurarse. Finalmente, se juzgaba indispensable que Rusia renunciase á todo patronato exclusivo sobre los súbditos cristianos de la Sublime Puerta. Tales eran las condiciones de las potencias occidentales; tales eran las *cuatro garantías* reclamadas por ellas y designadas más tarde en el lenguaje diplomático con el nombre de los *Cuatro Puntos*. Asociándose á los deseos de Francia é Inglaterra, el emperador

(1) *Correspondance de M. de Bismarck*, tomo I, págs. 274 y 283.

(2) Véase *Correspondance de M. de Bismarck*, tomo I, página 307.

Francisco José no salía aún de su situación expectante, pero ya revelaba su neutralidad más claramente que Federico Guillermo la suya.

Como la nota del 8 de agosto había sido acogida con desdén en San Petersburgo, el gabinete de Viena juzgó conveniente afirmar con más claridad sus preferencias. En virtud de un tratado concluído el 2 de diciembre con Francia é Inglaterra, se apropió las cuatro garantías, obligándose solemnemente á hacerlas prevalecer. Una cláusula especial imprimía al tratado su verdadero carácter: si el restablecimiento de la paz general no que-



El príncipe Alejandro Gortschakof

daba asegurado antes de que terminase el año, de conformidad con las bases expuestas, los soberanos de Francia, Austria é Inglaterra «deliberarían sin demora sobre los medios eficaces de conseguir el objeto de su alianza (3).» Era para el emperador de Rusia una invitación á negociar, pero una invitación conminatoria. El emperador de Austria llegaba á los últimos confines de la neutralidad. Un paso más, y pasaría de la paz á la guerra.

III

Una hora después de haberse firmado el tratado, el príncipe Alejandro Gortschakof, que había reemplazado como embajador en Viena al Sr. de Meyendorf, entraba en casa del conde Buol, quien le enteró del acto que acababa de realizarse.

El príncipe Gortschakof había presentado de lejos el peligro y con frecuencia lo había denunciado en sus despachos. Siguiendo sus consejos, el gabinete de San Petersburgo acababa de autorizar al fin una especie de adhesión general á los *Cuatro Puntos*, y el diplomático ruso creía haber conjurado con esta medida la unión del Austria con las potencias occidentales. Al ver que esta unión, lejos de debilitarse, se fortalecía por medio

(3) Artículo 5.º del tratado.